

En el principio fue la violencia

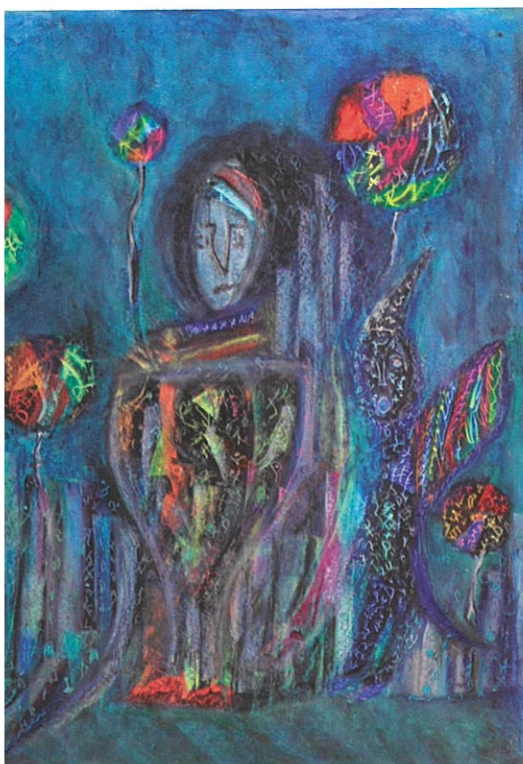
José E. Santos

La consabida noción de que nuestra vida altera con los años nuestras percepciones originales de lo que acontece, nos lleva de alguna manera a sonreír, a mirar nuestro pasado con cierta simpatía que no tendríamos de nunca haber cambiado de rumbo. Elementos habrá que fieles a la semilla permanecen en nuestro modo de ver las cosas, de actuar responsablemente, de celebrar la diversidad que enriquece la experiencia humana. Todo escritor hispanoamericano se enfrenta a la paradoja de la apropiación. Se sabe heredero de una multiplicación de culturas canalizada por el empleo de una lengua fértil de sentidos y cadenciosa al oído. Se sabe también producto de un violento acto de imposición, de desigual acaparamiento de las voces y los hechos. Ha sido Pablo Neruda el que ha sintetizado tal vez, en sus años de madurez final, esta sensación recurrente en las conciencias de quienes en América empleamos la lengua española como instrumento de expresión medular. Me centro, por supuesto, en el ensayo poético "La palabra", que forma parte de ese hermoso híbrido textual que es *Confieso que he vivido*.

Fundamental es entender que la perspectiva propuesta no es la de quien observa los hechos del mundo, sino la de quien vive en el inmediato devenir. La voz se proyecta "in media res", acapa-

rado, sin instante inicial: "...Todo lo que usted quiera...". El gesto es incisivo. Esa generosidad inicial equivale a formular la realidad física y conceptual, amplia, inacabable, para al instante proclamar "pero son las palabras las que cantan...", es decir vivimos ya dentro del lenguaje y ese es el universo en el que transitamos. Esta recreación del Génesis ("el todo") se vuelve el urgente principio del evangelio de Juan ("la palabra"). No debe escapárse nos así el modo en que Neruda hace hermoso (por no decir que esconde) el pecado original. "Me prosterno ante ellas...": La devoción espiritual acentúa la intención transformadora. Y la confesión plural, "Amo todas las palabras", proyecta la abolición evangélica. Quien escribe es el mismo cuya vida, como conocemos, se definió por su compromiso social. Abarcar es entonces un intento de integrar sin asimilar, porque el verdadero amor (la verdadera identidad, la verdadera devoción) está en los hechos, en lo compartido, y sobre todo, en lo justo. "Amo todas las palabras" equivale a "quiero ser voz de todos".

Su descripción del proceso de la creación literaria se prologa con una inversión bautismal semántica. Las palabras "brillan como piedras de colores" y "saltan como platinados peces". Se invita a la multiplicación. Las piedras preciosas tienen valor en sí mismas, los peces que saltan son el índice de la diseminación, de las significaciones añadidas, peces fuera



El diablillo, Jan Martínez. Pastel sobre papel. 2019

Ensayos



del agua, sumar, y ser otras cosas, ser hasta lo contrario. Abarcar lo preciso, lo claro, lo impreciso, lo ambiguo, lo fantasmal.

El poema será una ensalada. La invitación gastronómica es una hermosa representación de lo descrito y lo consumido. Mixtura esencial, toda ensalada es una suma de partes que retienen su autonomía. Su consumo irá a nutrir y modificar. Dieta y farmacopea. Leemos y somos otros. Neruda insiste siempre en la presentación de todos los tiempos posibles y todas las condiciones pre-existentes: "Las dejo como estalactitas en mi poema, como pedacitos de madera bruñida, como carbón, como restos de naufragio, regalos de la ola". La continuidad del pasado construye lo concreto (estalactitas). Las circunstancias y los seres humanos modifican (bruñir, naufragar).

Insistirá entonces en presentar una caracterización precisa en la que ciencia y arte coinciden. "Tienen todo lo que se les fue agregando de tanto rodar por el río", pura referencia ala evolución de la lengua en el tiempo. La difusión territorial se muestra en "de tanto transmigrar de patria", y en "de tanto ser raíces" se le atribuye la capacidad de crear identidades. Esto último es tal vez su mejor defensa. Implica que de cada raíz surge nueva vida, evitando levemente el peso de un origen violento y reconocido por todos. Neruda termina este párrafo con una de las oraciones más intensas de nuestra lengua: "Viven en el féretro escondido y en la flor apenas comenzada...". Aspira así a proclamar su cíclica inmortalidad, nacida en muertes

que no pueden precisarse y extendidas en promesas germinación continua.

El cierre del texto trata de acomodar nuestra sensibilidad histórica al efecto producido en los párrafos precedentes. Habla Neruda de "heredar" y la mención de "los conquistadores torvos" adquiere



Pablo Neruda

cierto aire caricaturesco con el que se atenúa la violencia originaria: "Andaban a zancadas", "buscaban [...] con apetito voraz", "todo se lo tragaban". No se niega la usurpación, se le da un papel, un propósito fortuito: "se les caían de las botas, de las barbas [...] como piedrecitas, las palabras luminosas". Ensayo Neruda la ecuación avanzar / asentar = surcar / sembrar. Intenta concluir con un juicio que denote justicia al revelar la injusticia: "Se llevaron el oro y nos dejaron el oro". Para el lector apto, el que no olvida, el gesto siempre será precario si se atiende medularmente el origen y sus consecuencias aún presentes.

Se genera entonces la interrogante "¿Quién es el hispanoamericano?", o "¿Quiénes somos los hispanoamericanos?". Las preguntas, tan generales e injustas, parten de ese intento constante de clasificación y acomodo que llamamos "definir una identidad". De entrada, el intento aglutinador falta a la verdad y al decoro y, sin embargo, lo seguimos repitiendo. La paradoja se da en el peso de la resta y en la precariedad de la suma. El indígena conoce su razón (conocen sus razones). El criollo o eurodescendiente baraja colores surtidos y lemas hermosos y estridentes. ¿Dolo? Sigue siendo violencia la imposición de la mentira sobre todos los participantes de nuestra experiencia histórica. El problema surge cuando se aceptan algunas mentiras porque permiten la funcionalidad (mientras ocultan el verdadero engranaje). Sí, ocurre en todo estado, en toda región, en todo municipio, y por supuesto, en cada familia. Y esta es la única continua realidad.

Y de esta manera volvemos a las "palabras luminosas". Aceptemos el carácter ficticio de las identidades, del estado, de los sistemas políticos, de las historias nacionales y del folclor de cada familia. Debemos aceptar el ensayo del presente, de la coexistencia y sus variantes. El origen violento nos ha marcado. Quienes escribimos en la lengua española en América entendemos con claridad. Amamos todas las palabras, sentimos todos los hechos. Somos "restos de naufragio" y "regalos de la ola". La conciencia de lo inolvidable es la única identidad compartida.